

## El Cazador de Palabras

En *El Cazador de Palabras*, la relación entre imágenes y palabras se convierte en un territorio fértil para el pensamiento, el azar y la poesía visual. El proyecto parte de un gesto muy sencillo: establecer un juego «alógico» donde imágenes y palabras se vinculan sin obedecer reglas narrativas ni significados prefijados. En esta aparente falta de lógica emerge una lógica profunda, casi subterránea, para liberar el significado de los corsés de la razón. El resultado es un archivo infinito de asociaciones, una constelación de lecturas posibles donde el espectador se convierte en intérprete activo del sentido último de la obra.

El procedimiento de crear plantillas de palabras de doce letras y extraer de ellas todas las combinaciones posibles, funciona como una metáfora del propio lenguaje: un sistema limitado de signos capaz de generar infinitas combinaciones. Palabras como *TRANSPARENTE*, *REVOLUCIONES* o *UNBELIEVABLE* se convierten en matrices, en depósitos de significados latentes. La «canana» que las guarda, ese utensilio tradicional del cazador, dialoga irónicamente con el título del proyecto: aquí no se cazan animales, sino palabras. Pero el guiño es más complejo. A partir del acto de mirar, de fijar la atención en un fragmento de la realidad, lo cazado se transforma en el punto de partida para múltiples interpretaciones.

Una vez seleccionadas las palabras derivadas de las matrices iniciales, estas se superponen a cincuenta imágenes pintadas sobre cartón negro. Las imágenes mantienen un carácter ambiguo: figuras apenas delineadas, paisajes fragmentarios, manchas que insinúan formas sin completarlas. En ellas, la mano que construye las imágenes se retira para permitir que el espectador complete la escena. Sobre este fondo incierto, las palabras actúan como detonadores de sentido. Pero lejos de fijarlo, lo dispersan. *ARENA*, *NIEVE*, *NUBE*, *PARRA*, *RASTRO*, *RIO*, *SOL*: cada una de estas palabras funciona como una entrada a un posible relato, como una pista que el espectador puede seguir... o rechazar.

La selección de seis palabras vinculadas al color blanco de la sal añade una capa simbólica relevante. La sal ha sido, históricamente, un elemento de conservación, purificación, valor económico y ritual. Su blancura conecta con la nieve, la nube, la arena reflejada por el sol, los rastros que deja el desgaste, la espuma del río. Hay un hilo visual y conceptual que une estas palabras, aunque el proyecto insiste en no subrayarlo, dejando que el espectador trace o destruya estas conexiones. La obra, así, se sitúa en un punto intermedio entre la intención y la mirada interpretativa del observador.

Uno de los aspectos más interesantes del proyecto es cómo se subvierte la jerarquía tradicional entre imagen y palabra. En la historia del arte occidental, la imagen ha sido a menudo vista como ilustración de un relato previo o como expresión visual de un significado lingüístico. Aquí ocurre lo contrario: la palabra no explica la imagen ni la imagen ilustra la palabra. Su relación no es de dependencia, sino de fricción. La palabra no cierra la interpretación, la abre; no traduce lo que se ve, sino que lo desplaza. En este proyecto la palabra y la imagen conviven sin definir la una a la otra y la yuxtaposición inesperada es una vía para activar lo inconsciente y el pensamiento poético.

Desde una perspectiva estética, este desplazamiento recuerda que la percepción visual es siempre un territorio inestable: el ojo completa aquello que la forma apenas sugiere.

Así, el proyecto trabaja deliberadamente con **lo indeterminado** como categoría estética, permitiendo que la imagen exista en un estado liminar entre lo que aparece y lo que todavía no toma forma. A la vez, la irrupción de la palabra introduce la dimensión temporal de la lectura que modifica el modo en que se experimenta la imagen, incorporando un ritmo interpretativo que no pertenece al ámbito puramente visual.

La importancia del azar en la formación de estas asociaciones es otro elemento clave. Las palabras no se eligen por su pertinencia semántica respecto a las imágenes, sino por un procedimiento de combinatoria lingüística. Esto introduce un factor de arbitrariedad que disloca la mirada habitual del espectador. Frente a este juego, la mente intenta encontrar conexiones. Allí donde el proyecto propone caos, la mirada tiende a organizar. El orden o desorden, como señala el texto del proyecto, depende de las asociaciones proyectadas por cada mirada.

Las imágenes pintadas a mano, la textura del cartón negro que funciona como base, la superposición de la palabra en blanco, todo ello produce un efecto táctil que contrasta con la abstracción del procedimiento lingüístico. Desde la estética material, la obra se ancla en un soporte precario pero expresivo, donde la rugosidad del cartón genera una resistencia visual que dialoga con la sencillez gráfica de la palabra. Esa fricción entre materia y signo, entre gesto pictórico y estructura lingüística, se convierte en uno de los activos del proyecto. La materialidad mantiene a la obra anclada en lo sensible, mientras que la combinatoria verbal la proyecta hacia lo conceptual. El resultado es un equilibrio entre presencia física e inestabilidad semántica.

En conjunto, *El Cazador de Palabras* es un ejercicio que cuestiona cómo se construyen los significados en el arte. Invita a pensar que ninguna imagen es inocente y que ninguna palabra es definitiva. Ambas son vías abiertas, capaces de multiplicar el sentido cuando se confrontan sin jerarquías. El proyecto muestra que la relación entre palabras e imágenes no depende de su adecuación mutua, sino de la potencia creativa que despliegan cuando se sitúan en tensión. En ese espacio intermedio entre la visión y el lenguaje, entre el azar y la intención, entre la materia y la idea, es donde este trabajo encuentra su verdadero sentido.

Pedro Osakar, septiembre de 2024